

Y que tus amarguras y las mias
Han de trocarse en santas alegrías!"

¡Quién me diera surcar en ráudo vuelo
El anchuroso espacio, y á tu lado
Pedirte, oh madre, en mi afliccion consuelo
Para vivir al ménos resignado!
¿Por qué el destino me arrancó del suelo
Donde tu dulce amor he disfrutado?
¡Ay! ¿dónde están del maternal cariño
Los besos que sentí cuando era niño?

Sólo en el mundo, la existencia sigo
Como cruza la errante golondrina
Que en extranjero hogar busca un abrigo
Y no lo halla tal vez la peregrina!.....
En esta soledad, mudo testigo
De que á tí mi recuerdo se encamina,
Son, madre, tus palabras mi consuelo:
"¡Hijo, tu porvenir está en el cielo!"



A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO,

EL SR.

LIC. DON ANTONIO MORAN.

Si alguna vez con entusiasmo ardiente
Quiso el vuelo tender arrebatada
Mi débil fantasía;
Y á la cumbre sagrada
Del Olimpo llegar, do el bello coro
En inefable cántico sonoro
Inspira la sublime poësia:
Y si de gloria en mi agitado sueño
Alguna vez para ceñir mi frente
Con laurel inmortal, formé atrevido
El temerario empeño
De hacer dar á mi lira el son valiente
De la lira de Píndaro divino,
O el de la que tañera el Venusino
Dejando absorta á la romana gente;
Es hoy, que cantar quiero
De tu amistad dulcísima el encanto;
Hoy que alta gratitud mi labio mueve,
Y que este afecto santo
Que mi sensible corazon conmueve,
Decir quisiera, con afan profundo,
En un idioma que admirase el mundo.

Mas ¡ay! delirios son del alma inquieta
 Que á límites estrechos reducida,
 Quiere romper de su ignorancia el velo:
 Ensueños del poeta
 Que en pos de una region desconocida
 Desatinado vaga,
 Sin llegar nunca á su encantado suelo!

—
 Era el primer albor de la mañana
 De mi risueña juventud; la brisa
 Primera del Abril, con blando aliento
 Daba caricias á la flor galana
 De aquella edad temprana,
 Tan pura y hechicera
 Cual de una casta vírgen la sonrisa.

—
 Y era el paterno hogar, hogar querido
 Que en la arboleda umbrosa
 Junto á la cual se mira reclinada
 Nuestra Morelia hermosa,
 Se distinguía allá como perdido
 Entre el follaje de los olmos frescos
 Y á la sombra de fresnos gigantescos,
 Cuya inmortal verdura
 Hacía resaltar de mi morada
 La sencilla apariencia y la blancura.

—
 Como el pájaro errante que se aleja
 Otro clima buscando y otro cielo,
 Y en alta torre ó corpulenta encina,
 De las nubes vecina,
 Detiene á veces su cansado vuelo,
 Y en lastimera queja

Lanza un adios de amargo desconsuelo
 Al nido amado que por siempre deja:
 O como el atrevido
 Marinero, que el ancho mar surcando
 En la veloce nave, distraído
 Con las memorias que su pecho encierra,
 Al afan incesante no resiste
 De volver á la tierra
 Una mirada triste,
 Hasta que al fin se pierde en lontananza,
 Como se pierde la última esperanza;
 Así yo de continuo el pensamiento
 Con indecible anhelo y con tristeza
 Torno á la tierra para mí querida,
 Do lleno de contento
 Pasar ví con presteza
 Los mas floridos años de mi vida.

—
 Perdona ¡oh caro amigo! si en recuerdo
 Tan dulce para el alma,
 Tu amistad al cantar, me engolfo y pierdo;
 En ese Eden risueño,
 En esa edad de venturosa calma
 Que huyó á mis ojos cual dorado sueño.
 Pero de esa amistad la tierna historia
 Que guardo con afan porque es mi gloria;
 La profunda, la noble simpatía
 Que en pos de tí me lleva irresistible,
 A tan bella memoria
 Unida va con lazo tan estrecho,
 Cual los hondos suspiros de mi pecho
 A la memoria de la madre mia.

¡Mi madre!...sí!...;recuerdas aquel ángel
 Modelo de virtud y de ternura,
 Cuya serena frente
 No abatieron jamas los huracanes
 De la mas espantosa desventura;
 Y cuyos labios siempre sonriendo,
 Siempre la dicha y el amor cantando,
 Ocultaban al mundo
 Que estaba el pobre corazon sangrando
 De la fuerte mujer que iba muriendo?

—
 ¡Ella! la dulce prenda de mi vida,
 Fué quien con santo y maternal cariño,
 Al ver lucir de la razon la aurora
 En mi cielo purísimo de niño,
 Descubrióme el secreto
 De aquella caridad que tu empleabas
 Y del mundo á los ojos escondias;
 Y ella enseñóme desde aquellos dias
 A pronunciar tu nombre con respeto.
 “Porque ese nombre, díjome, que brilla
 Cual la luz del lucero misterioso,
 Es el nombre de un sér que acá en la tierra
 De Dios la providencia colocara,
 Justo haciéndole, sabio y amoroso,
 Para que en su camino derramara
 El gérmen puro que su pecho encierra.
 Sé tú justo y prudente cual ese hombre
 Y acaso un dia ensalzarán tu nombre.”

—
 ¡Y yo te amé! del maternal consejo
 Siempre el eco en mi oído resonando,

Pasé aquel tiempo sin cesar pensando
 No en ser de tus virtudes el reflejo,
 Que eso fuera querer la humilde planta
 Elevarse atrevida
 Como el gigante cedro se levanta:
 Sino en gozar de tu amistad querida;
 En que viviesen una propia vida
 Estos nuestros sensibles corazones,
 Unidos para siempre
 Cual dos inquebrantables eslabones.

—
 Y el alto cielo, de mi afan testigo,
 Oyó por fin mi silencioso ruego:
 Y un dia hermoso, alegre, como el dia
 En que á su padre encuentra
 El hijo que ántes no le conocia,
 Tu placentera voz me llamó amigo,
 En cariñosa muestra
 Tu diestra mano al estrechar mi diestra...
 ¡Momento el mas feliz, yo te bendigo!

—
 Desde entónces te sigo por doquiera
 Como al sabio Mentor que ilustra mi alma,
 Y en tu alta ciencia, y en tu fe sincera,
 En tu doctrina y tu moral severa
 Mi espíritu reposa,
 Como el bajel cuando en la mar hay calma,
 O como el fatigado peregrino
 Sentado al pie de sombreadora palma.

—
 Cuando acerbo pesar me rasga el seno,
 En su profunda herida
 Derramando mortífero veneno,

Tú, con el alma de dolor transida
Y bañada la faz en tierno llanto,
Doquiera que yo estoy vas en mi duelo
El bálsamo á llevarme del consuelo

Y á calmar mi quebranto.

Y cuando alegre en las serenas horas
Ves retratado el júbilo en mi frente,

Y oyes mi voz ardiente

Que al compás de las músicas sonoras
Canta el placer, los cándidos amores,
La luz del firmamento, de las flores

La embriagadora esencia,

Y la esperanza que tranquila brilla
Como el radiante sol de la existencia;

Tambien entónces oigo tu suspiro;

Tus lágrimas tambien entónces miro:

Pero es que el noble corazon se aniega

En un piélago inmenso de ternura,

Y tus hondos suspiros, y tu llanto

Votos que elevas son al cielo santo

Porque no tenga fin tanta ventura!

¡Y siempre así! Mil veces te he mirado

En encumbrado asiento,

A mi patria rindiéndole el tributo

De tu claro talento:

Ora dictando bienhechoras leyes,

Ora de Themis conteniendo airada

La vengadora espada;

Ora creándo con violencia suma

Las bellas obras de tu docta pluma,

O bien trazando su inmortal destino

A aquesa tierna juventud amada.

Y no el orgullo insano
Sombria puso tu serena frente;
Ni de lisonja vil el humo vano
Ofuscó entónces tu elevada mente;
Que siempre áfable, cariñoso, bueno,
De modestia sin par, de virtud lleno,
Amante y fiel amigo
No dejaste de ser jamas conmigo.

.....
¡Feliz mil veces yo! Bendito el cielo

Que hoy, en tu hogar querido,

Pagar tu afecto así me ha concedido,

Que largo tiempo fué mi ardiente anhelo!

No es digna á fe de tu amistad la ofrenda;

Pero es la única prenda,

Que pudiera ofrecerte,

Quien lleno de emocion y de ternura

Dice que es pobre su amistad, mas jura

Que solo acabaráse con la muerte.

Perdona mi soberbia, y pueda yo, Dios mio,
A tus excelsas glorias mi cántico entonar.

A tu poder sublime que majestuoso brilla
En las hinchadas olas que empuja el huracan,
Y que con un estrépito que aterra y maravilla
Tu formidable acento reproduciendo van.

Así resplandecia tu sabia Omnipotencia
Cuando ántes de que fuese la bella creacion,
De tu divino espíritu la inescrutable esencia
Del insondable abismo cruzaba la region.

Así tambien brillara terrible y vengadora
Cuando del negro crimen la copa rebosó,
Y enviaste de tus aguas la mole destructora
Que á la culpada tierra con furia castigó.

Así tambien mostraste tu cólera potente
Cuando en el hondo seno del entreabierto mar
Al orgulloso egipcio, sus carros y su gente
Con tu divino soplo te plugo sepultar.

Incomprensible Númen! al ver el oleaje
Que tu impetuoso aliento hace á mis pies hervir,
Se doblan mis rodillas, y no hallo en qué lenguaje
Tu sacra Omnipotencia pudiera bendecir!

Por eso me contento con escribir tu nombre
En las riberas húmedas que estático me ven
Pensando en los portentos que hiciste para el hombre
Y que doquier reflejan tu soberano Bien.

¡Y el hombre, que al espacio como el condor se
lanza,
Que burla de los mares el sin igual furor,
Que en las remotas nubes á sorprender alcanza
El escondido gérmen del rayo destructor;

El hombre, que atrevido revuelve las entrañas
En que la avara tierra tesoros guarda mil;
Que del vapor en alas salvando las montañas
Atas deja á las águilas y al céfiro sutil;

El hombre á quien dotaste, Señor, de inteligencia,
De corazon sensible, de noble libertad,
Desprecia los destellos de tu divina esencia,
Y niega su alto origen, y olvida tu bondad!

¡Oh Dios! al fin ya brota la reprimida vena
Del llanto que sofoca mi ardiente corazon;
Y riego con mis lágrimas la movediza arena
Desde la cual escucho del mar el ronco son.

¡Océano proceloso! estupefacto y mudo
Me es grato aquí las horas brevísimas pasar.
La inspiracion me agita!...de nuevo te saludo,
Y nunca de tus playas quisiérame apartar!

Tus playas, que otro tiempo la heróica hazaña
vieron
Del Extremeño Hernando, del semi-dios Cortés,
Cuando cenizas tristes las naves se volvieron
Porque brotase un fénix magnífico despues.

Tus playas, que aun recuerdan las glorias espa-
ñolas

En esos viejos muros, y en el castillo aquel
Que está como un gigante jugando con las olas
Que cual marinos monstruos le asaltan en tropel.

Tus playas, que con sangre de bravos mejicanos
Y de insolentes galos llegaron á teñir;
Tus playas en que tantos cadáveres de hermanos
De pasto de tus peces vinieron á servir.

Cuando por fin recobres, oh mar, tu dulce calma,
De nuevo á contemplarte con ansia tornaré:
Así los mansos vientos devuelvan á mi alma
La paz que pido al cielo con ardorosa fe.

MI DESTINO.

(A CARLOS TAGLE.)

SONETO.

De nuevo, Carlos, mi bajel se lanza
Al agitado mar de mi destino:
De nuevo cual errante peregrino
Buscando voy el puerto de bonanza.

¡Cuántas veces he visto en lontananza
Brillar un faro de esplendor divino:
Y cuántas, ay, se pierde en mi camino
Esa bella ilusión de mi esperanza!

De mi vida la dulce primavera
Huyó como el aroma de sus flores,
Como los sueños de la edad primera.

Tú, que aun puedes gozar de sus primores
Vive, Carlos, feliz; ama y espera,
En tanto yo sucumbo á mis dolores.

EN UNA SELVA.

(A CARLOS GALLARDO.)

SONETO.

¡Salve otra vez á tí, selva callada,
Cuyo grato silencio apetecido
Es sólo por el aura interrumpido
Y el eco del arroyo en la cañada!

¡Salve otra vez!.... Absorta la mirada
Descubre el roble secular, erguido,
A cuya sombra resonó en mi oído
El dulcísimo acento de mi amada.

También entónces la argentada luna
Te alumbraba cual hoy, bosque sombrío,
Mudo testigo de mi dicha y gloria.

Hoy lo eres sólo de mi cruel fortuna,
Y del llanto que brota el pecho mio
De un amor infeliz á la memoria.



LA NOCHE.

(A JUAN N. TERCERO.)

SONETO.

Consuelo del dolor, noche sombría,
Ven á cubrirme con tu negro manto,
Y entre sus pliegues se sepulte el llanto
Que me impide verter la luz del día.

¡Oh noche sosegada! el alma mia
Al contemplar tu funerario encanto,
¡Con qué firme esperanza al cielo santo
Demanda compasión en su agonía!

Aun joven soy, y ya se deshicieron
De mi vida las rosas purpurinas
Que al sol fecundo del abril nacieron!...

¡Oh noche, con tus sombras me fascinas:
Que si mis flores deshojadas fueron,
Tú me ocultas al ménos las espinas!

